dispuesta á acceder á lo del Palatinado, ni el inglés concediera á los católicos de su reino toda la libertad que como condicion de la dispensa pontificia le pedia el papa (1), hubo el de Bristol de pintar á su monarca el asunto como próximo á tener una solucion feliz; ello es que allá se determinó que viniera en persona el príncipe, como lo ejecutó sin saberlo nadie mas que su padre, pasando por Francia de incógnito, y llegando de la misma manera á Madrid, acompañado del conde, despues duque de Buckingham, cuando nadie le esperaba (7 de marzo, 1623). Dispúsose que de allí á pocos dias hiciera el príncipe su entrada solemne en la corte.

Acaso nunca príncipe alguno extranjero fué recibido en la corte de España con mas suntuosidad y mas pompa; acaso ninguno fué nunca agasajado con mas variados y brillantes festejos públicos; y para no poner tasa al lujo que cada cual quisiera desplegar se mandó suspender la pragmática sobre trajes; á juzgar por aquellas demostraciones nadie tampoco debió concebir mas fundadas esperanzas del buen éxito de su pretension (2). Pero el asunto del matrimonio estuvo muy léjos de marchar tan de prisa y tan en bonanza como sin duda el pretendiente debió creer: al contrario, observábase una lentitud extraña y desacostumbrada. Se consultó sobre él al pontífice; se llevó igualmente en consulta á juntas de teólogos, canonistas, jurisconsultos, consejeros, generales y prelados de las órdenes, y se pidió parecer á muchos religiosos y particulares. Casi todos dieron dictámen favorable al matrimonio, y ya se trató de fijar el dia en que habian de celebrarse las bodas (3). Pero cuanto mas adelantados parecian ir los tratos, mas se suscitaban nuevas dificultades, y entreveíase que si acaso el matrimonio no era del gusto de los ingleses, por parte de la corte española se obraba de modo que daba lugar á que pudiera pensarse todo menos que se tratara como asunto serio. El rey le obsequiaba, Olivares le entretenia, divertíale el público, pero en los capítulos matrimoniales nunca faltaba algun reparo que poner. Y cuando el príncipe instaba por que se concluyeran, hízosele entender que estando la estacion tan avanzada, la infanta no podria salir de España hasta la primavera próxima.

Ya esto hizo desconfiar al aventurero príncipe, cuya paciencia se iba acabando. Buckingham tenia sus rivales en Lóndres, en Madrid no corria bien con Olivares y aconsejó al príncipe que se volviera á su reino, y el rey Jacobo su padre, cansado tambien de tan largo entretenimiento, le ordenó que volviese á Inglaterra. Dispuso pues el príncipe inglés su partida, dejando no obstante un embajador para que siguiera arreglando los desposorios. Nada se hizo en la corte para detenerle. Hízole, sí, el rey magníficos regalos, y á todos los caballeros de su comitiva, y lo mismo ejecutaron el de Olivares y otros grandes del reino. Verificóse pues la salida del príncipe (7 de setiembre, 1623), despues de siete meses pasados entre festejos, esperanzas y sospechas: acompañáronle el rey y los infantes hasta el Escorial, donde se despidieron abrazándose afectuosamente, continuando desde allí el príncipe su viaje á Santander y á Lóndres, á cuya ciudad arribó el 4 de octubre en compañía del duque de Buckingham, con quien habia venido (4).

Natural era que el príncipe, si bien no rechazado, pero tan poco favorecido de España, aunque acá procurase mostrar buen semblante, allá no ocultara que iba herido en lo que hiere mas profundamente el corazon de un jóven. El rey y la corte de Lóndres lo atribuyeron á una intriga del conde-duque de Olivares, que luego veremos si se condujo con desacierto ó con tino en este negocio, y comenzaron unos y otros á mirar con malos ojos á España y á desear ocasiones en que humillarla y abatirla. Por eso al año siguiente (1624) los holandeses obtuvieron dinero de la Inglaterra para la guerra contra España, y el permiso para levantar seis mil hombres en aquel reino. Por eso en 1625 el cardenal de Richelieu pidió bajeles á aquella potencia para atacar por mar á los genoveses protegidos por los españoles. Por eso los piratas ingleses infestaban nuestras costas de América en union con los de Holanda. Y como á este tiempo muriere el rey Jacobo I, y le sucediese su hijo Cárlos, el pretendiente de la infanta de España cuando era príncipe de Gales, viéronse luego los efectos de su resentimiento contra la nacion de quien se contemplaba ofendido. Una escuadra de noventa velas inglesas se presentó á fines de aquel año (1625) delante de Lisboa: no se atrevió á atacar la ciudad, pero doblando el cabo de San Vicente y entrando en la bahía de Cádiz, el lord Wimbledon que la mandaba echó en tierra diez mil hombres, que se apoderaron de la torre del Puntal; si bien rechazados primero por don Fernando Giron al frente de los paisanos armados, y

(1) El rey Jacobo y su hijo, despues de muchas correcciones hechas en Roma, prometieron bajo su palabra de rey y de príncipe, que los católicos de su reino no serian de modo alguno perseguidos con tal que se limitaran á ejercer privadamente su culto en casas particulares: se fijó el dote de la infanta en dos millones de escudos, y se acordó que se celebrarian los desposorios á los cuarenta dias de haber llegado la dispensa, y dentro de las tres semanas siguientes partiria la infanta.—Dumont, Cuerpo diplomático, part. V, tomo II.—Mercurio francés, IX.—Memorias de Clarendon.

(2) Copia de una carta tan discreta como breve que envió el rey de Inglaterra á Felipe IV con su hijo; Lóndres 28 de febrero. MS. de la Real Academia de la Historia: Coleccion de Cisneros, p. 7, cap. 22.—Cartas que escribió el rey á los grandes y prelados luego que llegó el príncipe. MS. Ibid., p. VIII, cap. 44.—Relacion del gran recibimiento que se hizo en Madrid al príncipe de Gales. MS. Ibid., p. IX, cap. 11.—Fiestas primeras de toros con que celebró la villa la venida del príncipe de Gales: Segundas fiestas de toros etc.: Máscara festiva que hizo el almirante de Castilla por la alegría de la venida del príncipe de Gales: Fiestas reales y juegos de cañas, etc.—La descripcion de estas y otras fiestas se halla en una voluminosa obra manuscrita, por Diego de Soto y Aguilar, criado de las Majestades del señor rey don Felipe IV el Grande, y de su hijo don Cárlos II, furrier y aposentador de las tres guardias, Española, Amarilla, Vieja y de á caballo de la real persona.

(3) Breve de la Santidad de Gregorio XV para el príncipe de Gales. MS. Coleccion de Cisneros, part. VIII, c. 11.—Dictámenes del Consejo de Castilla y otros sobre el casamiento de la infanta. MS. Biblioteca de Salazar, F. 1.—Parecer que dió en la junta el Padre Juan Montemayor, jesuita, acerca del casamiento. MS. Cisneros, p. X, cap. 16.—Memorial que el príncipe de Gales dió en razon que se concluya el casamiento con la infanta. Ibid.

Despues de muchas negociaciones se llegaron á hacer dos tratados, uno público y otro secreto. Por el público se estipulaba que el matrimonio se celebraria en España y se ratificaria en Inglaterra; que los hijos estarian hasta los diez años bajo la vigilancia de su madre; que la infanta y su servidumbre tendrian una iglesia y una capilla con capellanes españoles para el ejercicio de su culto. El tratado secreto contenia cuatro artículos, á saber: que no se ejecutarian en Inglaterra las leyes penales relativas á religion; que se toleraria el culto católico en las casas particulares; que no se harian tentativas para que la princesa abandonara la fe de sus padres, y que el rey emplearia toda su influencia con el parlamento para obtener la no aplicacion de las leyes penales. El rey y los lores del consejo juraron la observancia del tratado público en la capilla real de Westminster: el secreto le juró el rey solo ante cuatro testigos en casa del embajador.

(4) Relacion de la partida del príncipe. MS. Colecc. de Cisneros, parte IX, c. 3.—Salazar, Miscelan., tomo XXXIV.—Soto y Aguilar, Tratado de las fiestas memorables, etc. MS.—Este escritor da una noticia muy curiosa de lo que cada cual regaló al príncipe, comenzando por el rey y la reina, y siguiendo por los infantes é infantas, las damas, meninas y mayordomos de palacio, el conde y la condesa de Olivares, el almirante de Castilla y otros magnates. De esta relacion se deduce que el príncipe inglés salió de Madrid cargado de joyas, presea, caballos, pieles y otros regalos y presentes de gran valor.

Al decir de los historiadores ingleses, Buckingham y Olivares no se despidieron tan afectuosamente como el rey y el príncipe, pues cuentan que dijo el embajador inglés al ministro español: *Yo seré siempre un servidor humilde del rey, de la reina y de la princesa, pero vuestro jamás.—Agradezco la fineza*, le contestó el de Olivares.—Tratados de Somers, II. Memor. de Alard, I.—Cabala, Rushworth, Prynne, Memorias de Clarendon.

Parecia en efecto cosa de burla marcharse el príncipe y seguirse aquí concertando la boda. Señalóse para ella el 9 de diciembre; se convidó á la nobleza: se preparó el local en palacio: y se dispusieron fiestas, cuando llegaron diferentes correos á Madrid previniendo á Bristol que se preparara á volver á Lóndres, y que informara al rey Felipe que Jacobo y Cárlos estaban prontos á terminar lo del matrimonio, con tal que él se comprometiera á tomar las armas para defender el Palatinado. El monarca español se resintió vivamente y desechó semejante condicion como deshonrosa para él y para su hija. Mandó deshacer todos los preparativos de bodas, y la infanta dejó el título de princesa de Inglaterra que ya llevaba. Así se vengaron Cárlos y Buckingham de las mortificaciones que en Madrid les habia hecho sufrir en sus esperanzas y en su orgullo.

amenazados despues por el duque de Medinasidonia, gobernador de Andalucía, que acudió con la nobleza de las ciudades y alguna tropa, se reembarcaron precipitadamente, se alejaron de la costa, y regresaron á Plymouth (8 de diciembre) con pérdida de mil hombres y de treinta naves. No volvió por entonces Cárlos I á hostilizarnos (1).

Este monarca, que despues de su malograda pretension á la mano de la infanta doña María de Castilla hizo un enlace desgraciado con la princesa Cristina, hermana del rey de Francia, daba favor á los rebeldes protestantes de la Rochela que Luis XIII tenia el mayor interés y empeño en destruir. Entonces Richelieu, aprovechando la paz en que el francés estaba con España por el tratado de Monzon (1626), negoció con el conde-duque de Olivares que una armada española de cincuenta velas divirtiese á los ingleses atacando las costas de Inglaterra y de Irlanda. El artificio, si hubo, como se supone, en Richelieu la intencion de inutilizar las fuerzas marítimas españolas, menester es confesar que le salió bien. Porque la expedicion de nuestra armada, en lo avanzado de la estacion del invierno (1627), corrió no poco peligro, y fué por lo menos costosa é inútil, teniendo que refugiarse otra vez á nuestras costas. Y sin embargo no faltaban aduladores que celebraran al de Olivares estos sucesos como otros tantos triunfos de su sabia política.

Las naves inglesas y holandesas hacian tal persecucion y andaban tan á caza de las flotas españolas destinadas á traer el dinero de las Indias, que cuando arribaban nuestros galeones salvos y sin tropiezo, se celebraba en la corte como un acontecimiento de extraordinaria prosperidad. La llegada de una flota con diez y seis millones de moneda sin haber tropezado con la armada inglesa que habia acometido á Cádiz (1625), se mandó celebrar en Madrid con fiestas anuales (2).

No sucedió así con la que dos años mas adelante (1627) venia de América con grandes caudales; que mientras imprudentemente se habia enviado nuestra escuadra contra Inglaterra en ayuda de la Francia que no lo merecia, se dió lugar á que aquel cuantioso capital cayera en poder de las naves de Holanda cerca de las Islas Terceras.

A pesar de estos parciales contratiempos, no se puede desconocer que en las guerras y relaciones exteriores los sucesos de España habian ido marchando con mas próspera que adversa fortuna. La corte se envanecia de ello, y el conde-duque de Olivares lo atribuia todo á su hábil política, cuando en realidad de verdad el mérito era de la decision é inteligencia de los generales y del valor y bravura de los soldados de mar y tierra, que aun continuaban dando glorias y laureles á su patria. Pero no habia de tardar en conocerse que con tal política y tal administracion en medio de la general penuria del reino era imposible sostener tantas guerras y mantener el poder de España á la altura que en su desvanecimiento pretendia el de Olivares.

(1) Un historiador inglés dice que al pasar por el puente de Zuazo encontraron una porcion de botas de vino, los soldados bebieron con exceso y se insubordinaron, y el general en vista de esto los hizo reembarcar precipitadamente.—Rushworth, 1.—Cartas de Howell.—Wimbledon dijo que habia aceptado el mando con repugnancia, porque ya preveia el resultado. La verdad es que no era hombre de capacidad para tales empresas.

(2) Decreto de S. M. para que en todo el reino se hiciesen fiestas todos los años el dia 27 de noviembre en hacimiento de gracias por la venida de los galeones. Sevilla, Juan de Cabrera.—MS. de la Biblioteca de la Real Academia de la Historia, J. 93.

CAPÍTULO III

Italia.—Alemania.—Flandes

DE 1628 Á 1637

Cuestion del ducado de Mantua.—Parte que toman en ella el rey de España y el duque de Saboya.—Ejército francés en Italia.—Richelieu: Espínola: Gonzalo de Córdoba.—Muerte del duque de Saboya.—Muerte de Espínola.—Sitio, tregua y tratado de Casal.—Alianza de Richelieu con el rey de Suecia contra la casa de Austria.—Socorre España al emperador.—Guerra de Alemania.—Progresos de los suecos.—Batalla de Lutzen: triunfo de los suecos, y muerte de su rey Gustavo Adolfo.—Asesinato de Walstein.—El rey de Hungría.—Va el cardenal infante de España don Fernando á Alemania.—Sitio y rendicion de Norlinga.—Plan general de Richelieu contra España y el imperio.—Guerra en Alemania, en Italia, en la Alsacia, en el Milanesado, en la Valtelina, en los Países Bajos, en la Picardía y el Artois.—Manifiesto del rey de Francia, y contestacion de la corte de España.—Combate del Tesino.—Amenazan los españoles á Paris.—Decadencia del poder de España en los Países Bajos.—Muerte de la archiduquesa infanta de España.—Va el cardenal infante don Fernando.—Su conducta como gobernador y como capitan general.

A poco tiempo de esto suscitóse en Italia otra cuestion, en que, como en todas, quiso intervenir y tomar la parte principal el conde-duque de Olivares, que en sus incesantes aspiraciones representándose en cada novedad una nueva ocasion de engrandecimiento, comprometió en ella al rey, cuyo espíritu dominaba, hasta el punto que ya era fama en el pueblo que le daba hechizos con que le tenia como encantado (3).

Reducíase la cuestion á que por muerte del duque de Mantua se disputaban la sucesion del ducado el príncipe de Guastalla, protegido por el emperador Fernando de Austria, y el duque de Nevers, ambos de la familia de los Gonzagas, para su hijo primogénito, con quien el de Mantua poco antes de su muerte habia casado su sobrina y heredera. Calculó el conde-duque de Olivares que, cualquiera que fuese la solucion de aquel litigio, ó habia de poder agregar á España aquel ducado, ó por lo menos habia de quedarse en posesion de la plaza de Casal en el Monferrato, que de órden suya tenia sitiada el gobernador de Milan Gonzalo de Córdoba. Pero codiciábale tambien el duque de Saboya Cárlos Manuel, hombre turbulento y bullicioso, afable y liberal, pero enemigo del reposo, excelente capitan, pero lleno de ambicion, y para quien todos los medios eran buenos con tal que condujeran á medrar y engrandecerse. Esta vez abandonó el saboyano la Francia, y se adhirió al de Olivares, con quien estipuló la particion del Monferrato. Llevaron, pues, entre los dos la guerra á Italia, aprovechando la ocasion de estar entretenidos los franceses en el sitio de la Rochela, baluarte y abrigo de los protestantes, á los cuales por lo mismo protegia y alentaba el ministro español (4). Mientras Gonzalo de Córdoba sitiaba, aunque flo-

(3) Tenemos á la vista el informe oficial (manuscrito) que el alcalde de casa y corte don Miguel de Cárdenas dió en 7 de julio de 1627 al cardenal presidente de Castilla sobre los hechizos que se decia daba el conde de Olivares al rey.—«Habrá veintidos meses (dice) que estando yo comiendo entró Juan de Acebedo, escribano de la Sala, y me dijo que traia un negocio de grandísima importancia y secreto, y apretó tanto esto, que me levanté de la mesa á oirle, y entró diciendo que era sobre unos hechizos que el conde de Olivares daba á S. M. para estar en su privanza, y reparándome en lo que me decia me dijo: pues señor, ¿á quién tengo de acudir sino á V. habiendo llegado á mi noticia un caso como este? Y así le oí, y lo que me refirió fué que Antonio Diaz, coletero, vecino de su casa, que era del Barquillo, le habia ido á decir que una mujer, que se llamaba Leonor, asimismo vecina de ellos, habia persuadido á la mujer de este coletero á que diese á su marido hechizos para que la quisiese bien, y respondióla la del coletero que no queria meterse en hechizos, temiendo no muriese de ellos su marido. La Leonor dijo que eran sin peligro, porque estaban ya probados por S. M. que se los daba el conde para conservarse en su privanza, y no le hacian mal, como se veia, y así que bien seguramente los podia aplicar á su marido. etc.» Sigue refiriendo largamente el caso, y los procedimientos á que dió lugar.

(4) No solo los protegia políticamente, sino tambien con materiales auxilios. En 1628 envió el rey de España al almirante don Fadrique de Toledo con una flota contra la armada de Francia, y allá estuvieron tambien el marqués de Espínola y su hijo el de Leganés. Mandaba el ejérci-

jamente, á Casal, saboyanos y españoles penetraron en el Monferrato y se apoderaron de varias plazas (1628). Un ejército de diez y seis mil hombres allegadizos que el de Nevers reclutó en Francia y con el cual quiso acudir á la defensa de su Estado, no se atrevió á poner el pié en Italia, y se dispersó al paso de los Alpes.

Pero libre la Francia del embarazo de la Rochela, envió Richelieu á la Saboya el ejército vencedor, y aun persuadió á Luis XIII que debia ir él mismo á mandarle en persona. Por su parte el ministro favorito de Felipe IV, viendo que la guerra iba á tomar un carácter serio, ordenó al marqués de Espínola, el mejor general de España entonces, que dejara los Países Bajos y fuera á ponerse al frente de las tropas de Italia: error grave, de que supieron aprovecharse los holandeses, costándonos la pérdida de algunas plazas en aquellos países, y la del oro que traian los galeones de Méjico, que ellos interceptaron y cogieron. El de Espínola tuvo por conveniente venir antes á Madrid, donde encontró muchos ofrecimientos, pero pocos recursos eficaces para la guerra. El rey de Francia y su ministro cardenal marchaban entre tanto resueltamente hácia la Saboya, y no habiendo podido obtener del duque que diera paso á las tropas por el Piamonte, forzaron sus generales Crequi y Bassompierre las terribles gargantas de Suza, desfiladero entre dos rocas defendido por varios reductos, derrotando dos mil setecientos saboyanos, y viéndose muy en peligro de caer en poder de franceses el duque y su hijo (marzo, 1629). Gonzalo de Córdoba levantó el sitio de Casal, que habia sostenido tibiamente, y el monarca francés ratificó en Suza la liga con Venecia, el pontífice y el duque de Mantua, por la cual se obligaban los confederados á levantar cuarenta mil hombres para defender el Mantuano contra los españoles. El ambicioso, pero egoista duque de Saboya, ni cumplió el tratado, ni quiso unir sus fuerzas á las de Francia, ni ayudó con ellas á los españoles, y se declaró por entonces neutral (1).

Mas como luego viese al marqués de Espínola penetrar con un cuerpo de españoles en el Monferrato, mientras dos ejércitos alemanes enviados por el emperador Fernando de Austria, y mandados el uno por el conde de Merode y otro por el de Collalto, se dirigian el primero á la Valtelina y el segundo á Mantua, mas atento el saboyano á lo que era de provecho que á pasar por consecuente, volvió á declararse por España como al principio. A pesar de tantas fuerzas enemigas el rey Luis XIII y el cardenal de Richelieu, ya nombrado generalísimo de las armas del rey en Italia, penetran en la primavera siguiente en Cerdeña (1630), el mariscal Crequi sitia y rinde la plaza de Pignerol, apodérase el francés de Chambery y otras fortalezas, y en poco mas de un mes domina casi toda la Saboya, el príncipe del Piamonte es derrotado cerca de Javennes por los generales franceses Montmorency y La Force, y profundamente afectado con tantos contratiempos el anciano duque de Saboya, muere abrumado de tristeza en Surillhan á los sesenta y nueve años de su azarosa vida (26 de julio, 1660), sucediéndole su hijo mayor Víctor Amadeo (2).

Continuó no obstante vivamente la guerra en aquel desgraciado país entre franceses y españoles, imperiales, saboyanos y venecianos, dándose frecuentes ataques, diezmando la peste los ejércitos, y sitiando y tomándose mutuamente plazas, siendo las mas notables el sitio y toma de Mantua por los imperiales, y el de Casal, la plaza que se consideraba mas fuerte de Europa, defendida por el famoso general francés Toiras, y cercada por el ilustre general de España marqués de Espínola. Despues de varias vicisitudes y de algunos sangrientos combates, apurado Toiras dentro de la plaza, y trabajando activamente Mazarino para que el general francés y el español vinieran á una suspension de armas, ajustóse una tregua (4 de setiembre, 1630), segun la cual el francés entregaria al español la ciudad y castillo, y aun la ciudadela, si no recibia socorros hasta fin de octubre. Pero un suceso inesperado vino á privar á España del mas hábil y acreditado de sus generales. Felipe Espínola, hijo del marqués, no supo defender de los franceses el paso de un puente. Noticioso el marqués su padre de aquel hecho desgraciado, preguntó si su hijo habia sido muerto, herido ó prisionero, y como le dijesen que no, aquel moderno general espartano perdió el juicio y murió á los pocos dias (25 de setiembre) en el castillo de Sorribia, coronando con muerte tan pundonorosa su larga y gloriosa carrera militar. Gran pérdida fué esta para España. Reemplazóle el marqués de Santa Cruz, afamado marino, que comenzó su mando de tropas de tierra prosiguiendo el sitio de Casal.

Bien se conoció, y pronto, lo que con la falta de Espínola se habia perdido, y que la experiencia del de Santa Cruz en las cosas del mar era harto distinta de la que se necesitaba para las campañas de tierra. Al espirar las treguas de setiembre mas de veinte mil franceses se aproximaron en silencio á las líneas de Casal, y aunque las fuerzas de Santa Cruz y del conde de Collalto eran todavía superiores en número, y aquel se hallaba dueño de la plaza, vióse con sorpresa, y así lo anunció el legado Mazarino, que comenzaba entonces su larga carrera, concertarse un armisticio entre españoles y franceses, conviniendo aquellos en entregar la plaza y castillo de Casal y todas las del Monferrato á un comisario imperial que las tendria á nombre del emperador y volviéndose los españoles al Milanesado (octubre, 1630). Gran murmuracion y censura mereció esta tregua á los capitanes españoles, y muy especialmente á don Martin de Aragon, maestre de campo de la caballería. Algunas infidelidades cometidas por los franceses estuvieron cerca de producir nuevo rompimiento, pero dadas satisfacciones, se asentó al fin el tratado de paz, que si no contentó á los franceses, con mucho mayor fundamento fué recibido con hondo disgusto en España, que por todo resultado de una guerra para la cual habia hecho no cortos sacrificios, ni ganó á Mantua, ni conquistó á Casal, y las ventajas fueron para el francés, á quien el mantuano cedió la importante plaza de Pignerol, que dejaba abiertas las puertas de Italia, y el nuevo duque de Saboya condescendió en ello á trueque de indemnizarse de algunas plazas del Monferrato. El tratado de Casal fué ratificado despues en un congreso de plenipotenciarios de Francia, España, Saboya, el imperio y la Santa Sede, reunidos en Querasco (marzo, 1631), y mas adelante se hizo otro para explicar algunas dificultades que habian ocurrido (3).

Pero si bien con los tratados de Casal y de Querasco se restableció por entonces el sosiego en Italia, para los españoles se redujo á trasladarse la guerra á otro teatro. Porque empeñados el monarca español y su ministro favorito en sostener con armas y dinero la causa del emperador Fernando II de Alemania, y no menos empeñados el monarca francés y su primer ministro en abatir la casa de Austria por cuantos medios la enemistad les sugeria, el cardenal de Richelieu hizo alianza con el rey de Suecia Gustavo Adolfo, que acababa de declarar la guerra al emperador presentándose como libertador de los protestantes, en cuyo tratado, que habia de durar cinco años, se estipuló el auxilio de hombres y de dinero que la Francia habia de suministrar al de Suecia. Esto, unido á la liga que los protestantes hicieron en Leipsick, hizo comprender al emperador que le amenazaba una guerra mas terrible que la que le habian hecho el Elector Palatino y el rey de Dinamarca; y entonces, como siempre que se encontraba en aprieto, volvió los ojos á España, cuya corte, imprudentemente comprometida hacia mucho tiempo, no vaciló en seguir

---

to francés que sitiaba La Rochelle el cardenal de Richelieu en ausencia del rey. Los ingleses intentaron inútilmente socorrer á los sitiados: hubo una famosa batalla naval entre las escuadras inglesa y francesa, de cuyas resultas se rindió La Rochelle por capitulacion, y el rey de Francia hizo su entrada pública en la plaza.—Hist. du Ministere du cardinal duc de Richelieu, p. 242 á 313.—Puede verse la relacion y descripcion particular de este famoso sitio.

(1) Hist. du Ministere du card. de Richelieu, pág. 329 á 347.—Soto y Aguilar, Anal. del reinado de Felipe IV, ad an.

(2) Motifs du duc de Saboye pour se jetter dans le parti de l'Empereur et du Roy d'Espagne.—Siege de la ville de Pignerolle et son reduction.—Prise de Chambery.—Le Roy se rend maitre de toute la Saboye.—Hist. du Ministere de Richelieu, p. 404 á 431.

(3) Botta, Storia d'Italia.—Soto y Aguilar, Epítome (MS.), ad ann.—Le Clerc, Vida de Richelieu.—Vazquez de Acuña, Vida del cardenal de Richelieu.—Hist. du Min. de Richelieu, p. 451 á 464.—Traité de la paix de Querasche.

enviando al emperador los hombres de que habia bien menester para la defensa de sus antiguos estados de Flandes, y el dinero que con tanto trabajo y sacrificio suministraban para otras necesidades mas urgentes y propias los agobiados pueblos españoles.

La guerra comenzó con malos auspicios para el emperador (1631). El rey de Suecia, á quien se adhirió tambien el duque de Sajonia, apartándose de la fidelidad á Fernando, fué conquistando varias ciudades alemanas: Maguncia le abrió las puertas contra la voluntad de los españoles que la guarnecian; los imperiales iban perdiendo plazas; hacíanse audaces los protestantes, y las tropas llegadas de Italia temblaban á la vista de los suecos. Los españoles defendian sus puestos heróicamente, y en un combate que con ellos tuvo Gustavo Adolfo portáronse con tal bizarría, que en memoria del triunfo que consiguió sobre ellos, aunque era su gente doble en número que la nuestra, hizo erigir en el campo una columna que perpetuara su victoria. El sueco continuó apoderándose de las ciudades de una y otra orilla del Rhin, no obstante algun pasajero contratiempo. El famoso general del imperio, Tilli, murió en Ingolstadt de resultas de heridas que habia recibido combatiendo (1632), y los destacamentos españoles perecian mas al rigor de aquel clima en la estacion del invierno que al filo de la espada. Y si bien el denodado Walstein, que reemplazó á Tilli en el mando de las tropas imperiales, tomó por asalto á Praga y arrojó de Bohemia á los sajones, el monarca sueco penetraba en la Baviera, saqueaba sus pueblos y ciudades, y se extendia por la Suabia. A impedir el progreso de los suecos fué enviado Walstein, y encontrándose los dos ejércitos se dió la famosa batalla de Lutzen, en que todos hicieron prodigios de valor, en que murió peleando heróicamente el rey Gustavo Adolfo de Suecia, y fué mortalmente herido el general austriaco Oppenheim, y en que la victoria se declaró por los suecos, quedando en el campo de diez á doce mil imperiales. Apoderáronse los suecos de Leipsick; y los españoles despues de una derrota perdieron la plaza de Frakendal.

Por este tiempo habia comenzado su larga carrera de inconsecuencias el famoso duque de Lorena Cárlos IV, constante solo en la veleidad con que tan pronto se aliaba con el rey de Francia contra España y el imperio, tan pronto se hacia el mas eficaz aliado de los imperiales y españoles contra los franceses, decidiendo muchas veces con su valor y con las tropas de su Estado las batallas en favor de aquella potencia de que por el momento era amigo y auxiliar, y atrayendo no pocas el enojo y las armas del monarca francés contra su casa y sus dominios. En 1632 (6 de enero) habia hecho el duque Cárlos un tratado con Luis XIII de Francia, comprendiendo en él al emperador, al rey de España y á los demás príncipes de la casa de Austria. Mas luego se le vió levantar tropas en favor del imperio, lo que obligó al francés á marchar con ejército hácia Lorena, forzando al duque Cárlos por el tratado de Liverdun á ceder algunas plazas á la Francia. No tardó sin embargo en celebrar otro convenio con el emperador, y Luis XIII se vió en el caso de invadir de nuevo la Lorena, sitió á Nancy (1633), rindió muchas plazas del lorenés, salió de Nancy la guarnicion lorenesa, y el duque Cárlos hubo de ceder todos sus estados al cardenal de Lorena su hermano, el cual, renunciando el capelo, trató su matrimonio con una sobrina de Richelieu; siendo estos tratos orígen de no pocas aventuras y de no menos variadas negociaciones, que influyeron notablemente en las vicisitudes de la guerra de Alemania entre Francia y Suecia por una parte, España y el imperio por otra, siendo los príncipes loreneses los que hacian inclinar el éxito de la guerra ya á un lado ya á otro (1).

No bastó la muerte del gran Gustavo para suspender las operaciones de la guerra. Continuáronla con decision y con habilidad sus generales; y los príncipes protestantes de Alemania, enemigos del emperador, animados por el embajador de Francia, que ofreció un millon de libras tornesas cada año para mantener la guerra, renovaron su confederacion contra la casa de Austria con los hábiles políticos que quedaron gobernando el reino de Suecia á nombre de la hija del gran Gustavo (1633). El mejor general del imperio, el célebre Walstein, de quien se sospechó, al parecer no sin fundamento, que aspiraba á apoderarse del imperio, ó por lo menos del reino de Bohemia, fué asesinado en Egra por órden del emperador mismo (1634). Reemplazóle en el mando de las tropas imperiales el rey de Hungría, que despues de castigar con la última pena á los cómplices de la conspiracion de Walstein, puso sitio á Ratisbona, que se defendió desesperadamente, y solo capituló (26 de julio, 1634) despues de haber sufrido multitud de asaltos y de verse casi totalmente destruida.

Desconfiando el rey de Hungría de poder vencer á los suecos con solas las fuerzas imperiales, rogó al cardenal infante de España, don Fernando, hermano del rey, el cual por muerte de la archiduquesa gobernadora de Flandes pasaba á tomar posesion del gobierno de los Países Bajos con un ejército de diez y ocho mil españoles, que fuera á ayudarle á batir á los suecos. Avido de gloria el infante español, y ansioso de dar pruebas de valor militar, púsose en marcha para Alemania, atravesó el Danubio, y llegó delante de Norlinga en ocasion que los imperiales habian abierto brecha é intimado la rendicion á aquella plaza (2 de setiembre, 1634). Pero llegó tambien al propio tiempo en socorro de los sitiados el ejército sueco, y todo anunciaba que iba á darse un terrible combate. Las fuerzas de los católicos eran superiores en número; mandaba el duque de Baviera las tropas de su Estado, el de Lorena las de los príncipes católicos, y el cardenal infante las de España. La batalla en efecto fué terrible y duró dos dias (5 y 6 de setiembre). Un cuerpo de españoles que ocupaba un bosque y fué atacado de noche por los suecos, dejó el campo cubierto de cadáveres enemigos. El ejército sueco fué completamente derrotado perdiendo ocho mil hombres en la accion, quedando en poder de los generales vencedores cuatro mil prisioneros, ochenta cañones y trescientos estandartes. Norlinga se rindió á discrecion al dia siguiente, y el partido protestante se llenó de consternacion. Abandonaron los suecos la Baviera, quedándoles solo algunas plazas en la Suabia y la Franconia; y el Rhingrave Othon Luis, derrotado por Cárlos de Lorena, tuvo que pasar á nado el Rhin para no caer en manos de sus enemigos. Ya no se atrevian los suecos á presentarse delante de los imperiales, como antes los imperiales temblaban á presencia de los suecos (2).

Desesperado tambien Richelieu con la derrota de Norlinga, pero incansable en suscitar enemigos á la casa de Austria, dirigió sus intrigas á otra parte; y sabedor de que el conde-duque de Olivares andaba proponiendo una tregua á las provincias de Holanda para ir disponiendo los ánimos á la paz, no se contentó con trastornar este proyecto, sino que para excitar al príncipe de Orange á que continuara la guerra contra España, hizo un tratado con los holandeses por medio del baron de Charnace, obligándose á contribuir á sus gastos con trescientas mil libras y á mantener un cuerpo de tropas al servicio de la república, junto con otras negociaciones de que daremos cuenta al tratar de aquellos estados. Sin duda con el fin de atender á lo que por allí pasaba volvió de Alemania el cardenal infante don Fernando con los recientes lauros que habia recogido, y recibiéronle en Bruselas con magnífica pompa y con las mas vivas aclamaciones y muestras de regocijo (3).

Pero á consecuencia de los incesantes manejos de Richelieu, veinte mil hombres de tropas francesas, mandados por los mariscales La Force y De Brezé, marchan por la Alsacia,

---

(1) Calmet, Historia eclesiástica y civil de Lorena, tom. III, años 32 y 33.—Histoire du Ministere de Richelieu, págs. 573 á 622.

(2) Relacion del sitio de Norlinga, segun Bassompierre.—Calmet, Historia ecles. y civil de Lorena, lib. 35, núm. 4.—Mem. MS. de Hannequin.—Guillemin, Hist. MS. du duc Charles —Memoires de Beauvan.—Hugo, Hist. MS. du duc Charles IV.

Es innegable que si bien los esfuerzos de los generales imperiales y del cardenal infante de España contribuyeron mucho al feliz éxito de la célebre batalla de Norlinga, el triunfo se debió principalmente al valor, intrepidez y maestría del duque Cárlos de Lorena.

(3) Guillermus Becauns, *Serenissimi Principis Ferdinandi, Hispan. Infantis, S. R. Ecclesiæ cardinalis, triunfalis introitus in Flandriæ Metropolim, Gandavuum*, 1636. Un tomo fol. con láminas.